

# El imaginario insular en narraciones de Lobodón Garra y poética de las orillas en una novela de Haroldo Conti<sup>1</sup>

The island imaginary in stories by Lobodón Garra and poetics of the shores in a novel by Haroldo Conti

*Leonardo Senkman*

Universidad Hebrea de Jerusalén

Departamento Estudios Latinoamericanos y Españoles

ORCID: 0000-0002-4799-2524

Recepción: 21/08/23

Aceptación: 30/10/23

**Resumen:** En este artículo se realiza una exploración comparativa del paisaje fluvial y las orillas en el delta del río Paraná en el libro de relatos *Río abajo* de Lobodón Garra y en la primera novela de Haroldo Conti, *Sudeste*. El análisis se detiene en destacar las diferencias de su protagonismo estos en el espacio literario y en la sensibilidad de algunos personajes de ambos textos autobiográficos.

**Palabras clave:** delta, paisaje fluvial, orillas, costa, naturaleza, actante literario.

**Abstract:** This article aims to do a comparative exploration of the fluvial landscape and the shores of the Paraná river delta in the book of tales *Río abajo* by Lobodón Garra and in the first novel by Haroldo Conti, *Sudeste*. The analyze highlights the differences of their role playing in the literary space and in the sensitivity of some characters in both autobiographical texts.

**Keywords:** delta, islands landscape, shores, river coast, nature, literary actant.

---

1. Una versión previa de este texto, “El imaginario insular de Lobodón Garra y las orillas de Haroldo Conti”, fue publicada en el volumen colectivo *Orillas*. Enrique Fernandez Domingo y Sergio Delgado (eds.), en coedición entre las editoriales de UNER y UNL.

El delta del Paraná circunvala los primeros textos de dos escritores urbanos muy distintos, Lobodón Garra (seudónimo de Liborio Justo, 1902-2003) y Haroldo Conti (1925-1976), cuyos personajes ostensiblemente desencantados de la gran metrópolis, le dan la espalda desde el río. Precisamente, me propongo abordar relatos de *Río abajo* (1955) del primero, y *Sudeste* (1962) del segundo, pese a las diferencias estéticas e ideológicas de sus respectivos autores y de haber sido escritos en épocas distanciadas. Mi cometido es similar: explorar el protagonismo del paisaje fluvial del delta y sus orillas como actores en el espacio de la narración y en personajes de ambos textos autobiográficos.

## **Río abajo: convivir en el silencio de las islas con lugareños y aventureros extranjeros**

El versátil intelectual autodidacta e ideólogo trotskista Liborio Justo, hijo del general y político radical Agustín P. Justo, rompió con su padre cuando fue proclamado presidente de la República (1932-1938). Enemistado con su familia patricia desde la adolescencia<sup>2</sup>, fascinaba a Liborio la literatura de Jack London, Joseph Conrad, Rudyard Kipling y Horacio Quiroga (a quien visitó en su casa de San Ignacio-Misiones en 1925 y 1933), narradores todos que influyeron

---

2. Liborio Justo sufría por el linaje oligárquico de la familia: su bisabuelo paterno, el gibraltarinero Agustín P. Justo, fundó la Sociedad Rural Argentina. Su abuelo materno, Liborio Bernal, actuó en La Rioja contra las montoneras del “Chacho” Peñaloza, y como interventor federal de la provincia de Santa Fe, sofocó la revolución radical encabezada por Leandro N. Alem. Su padre, el general Agustín P. Justo, fue Ministro de Guerra del presidente Marcelo T. de Alvear y encabezó, junto al general José E. Félix Uriburu, el golpe que en setiembre de 1930 derrocó al presidente Hipólito Yrigoyen. Además, fue Presidente de la República entre los años 1932-1938 (Fernández y Tamaro, 2004).

en sus insólitas experiencias de viajes y aventuras<sup>3</sup>. En Misiones y Paraguay Liborio trabajó como mensú, sufriendo en carne propia condiciones extrema de explotación; luego de conocer Perú, Bolivia y el sur patagónico, emprenderá largos viajes por Europa y a Estados Unidos, país al cual viajó tres veces. Al regresar de sus travesías por aguas patagónicas y antárticas, Liborio Justo firmó con el seudónimo Lobodón Garra su libro *La tierra maldita (relatos bravíos de la Patagonia salvaje y de los mares australes)* (1933), crónicas de su experiencia en un barco ballenero por inhóspitos canales y fiordos del Pacífico, el Estrecho de Magallanes, el Cabo de Hornos, las Islas Orcadas y las Georgias del Sur. Por añadidura, Garra incluyó también varias crónicas y fotografías de marinos, loberos, indios, presidiarios y otros personajes marginados (Garra, 2010)

Luego del tercer viaje a EE.UU., impactado por la situación social de la poscrisis de 1929, retornó a la Argentina e ingresó al Partido Comunista, con el cual rompió en 1936, rechazando el viraje estalinista del Comintern. Desde entonces, Liborio Justo militó en varios grupos trotskistas, el más importante, Liga Obrera Revolucionaria (LOR), polemizó con otras agrupaciones sobre la necesidad de un proceso de liberación nacional, con tareas democráticas, antiimperialistas y de transformación agraria.

Ahora bien: a partir de 1943, Liborio Justo abandona la acción política y decide vivir durante largos dieciséis años en las islas del Ibicuy y ríos del Delta: todos los relatos de *Río Abajo. El drama de los montes y los esteros de las islas del Ibicuy* (1955)<sup>4</sup> han remontado esa excepcional vivencia insular. La soledad de las islas,

---

3. Véase el vínculo de Liborio Justo y Horacio Quiroga en “Liborio Justo y Horacio Quiroga, en San Ignacio” (2014); también en Garra (1998).

4. Todas las citas corresponden a esta edición. El libro de Garra inspiró el guión cinematográfico

su flora y fauna foguearon relatos casi olvidados por la crítica y la literatura de viajes, un olvido aun más grande que el de numerosas publicaciones del ciclo de reflexión política e histórica marxista leninista del ensayista<sup>5</sup>.

Daniel Campione, uno de los pocos estudiosos de la obra de Liborio Justo, interpreta que su prolongada estancia desde 1943 hasta 1959 en el Arroyo Brazo Chico en el delta entrerriano se explicaría por el abandono de la militancia política activa durante aquellos años. Vivir en parajes fluviales poco poblados y aislados durante mayor parte del tiempo le permitió reflexionar y escribir en soledad. Esos años significativamente correspondieron a la era del peronismo, movimiento nacional que Liborio Justo no compartió, pero tampoco se sumó al posicionamiento anti peronista de casi toda la izquierda argentina (Campione, 2007:10)<sup>6</sup>.

Tanto las crónicas de viajes, *Tierra maldita* —a través de aguas patagónicas-, como los relatos de *Río abajo*— ambientados en islas y orillas del delta-, están firmados por Lobodón Garra, y comparten un evidente propósito de no ficcionalizar. Pero inmediatamente el lector descubre, pese a sus diferencias de escenarios y estilo, la compartida impronta del curioso geógrafo, fotógrafo y buceador en la vida de las gentes, y asimismo, el sensible conocedor de las ciencias naturales al describir fauna y flora. Las semblanzas humanas de sus

---

de Juan J. Manauta dirigida por Enrique Dawi y coguionista del film homónimo en blanco y negro estrenado 28 julio 1960, música de Simón Blech.

5. Liberio Justo firmaba sus publicaciones políticas e históricas con su nombre y apellido, también con el sosias Quebracho, véase, entre otros, Justo (1962, 1967, 1968, 1977,1983, 1992,1995, 1998) y Quebracho (1956,1962,1967,2002).

6. Sobre su perfil ideológico trotskista, véase, González (1985: 31-34), también, los posicionamientos críticos de Liberio Justo (Quebracho, 1957).

protagonistas no han sido inventadas ni imaginadas por un fabulador de cuentos literarios, sino hablan y actúan con los precarios materiales de la memoria, el testimonio y la crónica.

Décadas después, el mismo autor confesará la intención no ficcional de los cuentos sobre su experiencia en las islas del delta. Con motivo de la reedición en 1994 de *Rio abajo*, Liborio Justo afirmó en la presentación del libro que su escritura fue motivada luego de residir en el delta entrerriano, porque “las cosas que ocurrían en esta región en esos tiempos *eran tan extraordinarias que sólo había que redactarlas tal como eran para escribir algo fuera de lo común. A mí me tocó hacerlo, si no quizás se hubiera perdido*” (Temporetti, 1994: 26. Las cursivas son propias)<sup>7</sup>.

Los títulos que nombran algunos de los veinte relatos permiten dar cuenta por qué Lobodón Garra deseó describir “algo fuera de lo común”: sea gente marginal, forajidos y extranjeros refugiados en el Delta (“Los habitantes de la maciega”, “Gringos”, “Náufragos del mundo”, “Refugio en la naturaleza”); sea, el animismo de la naturaleza en las islas (“Relatos de ciervos”, “La telaraña”, “El árbol que cae”, “El ceibal”, “Haciendo monte”, “La marea”).

“Redactarlas tal como eran” ha sido la estrategia descriptiva que Garra expresamente declara haber adoptado en la introducción de su libro: “He intentado describir en este libro, utilizando hechos reales recogidos a través de más de diez años de experiencia, en los que sólo he variado, a veces,

---

7. El 31 de marzo de 1994 se presentó la reedición de *Rio abajo* (Ed. Cinco) en la XX Feria Internacional del Libro, por un panel integrado por Beatriz Romero, Jorge A. Temporetti, Andrés H. Casaretto como escritor isleño, Jorge Reales, antropólogo especializado en la arqueología y Liborio Justo de 92 años. Días antes, había sido homenajeado en Villa Paranacito, con la presencia de muchos pobladores del Delta.

los lugares y algunas circunstancias, pero donde nadie debe verse retratado sino aquellos que menciono con su propio nombre” (Garra, 1955: 8. Las cursivas son propias).

Tal abordaje del narrador Lobodón Garra diferencia su relación con la naturaleza de quienes, huyendo de la modernidad urbana, buscaban encontrar en el Delta un espacio silvestre sin población predatoria. Asimismo, rehúye de la actitud de aquellos ecologistas preocupados solamente por la extinción de especies de fauna y flora. Tampoco comparte una visión ambientalista de biodiversidad de la naturaleza, ni el utilitarismo de quienes procuraban desarrollar el potencial de las riquezas naturales y ambientales. Mas bien la sensibilidad del naturalista y botánico lo sedujo al Garra narrador a una visión organicista de la ecología vegetal. El escritor solitario parece observar el paisaje isleño desde la óptica del biocentrismo, rompiendo con el antropocentrismo de las teorías del desarrollo de la naturaleza<sup>8</sup>. Tal óptica acompaña a su misión de testigo – y no solo narrador- que le impulsa a registrar descriptivamente “algo de lo común”, que lo toca profundamente durante la convivencia en el delta, porque “*si no quizás se hubiera perdido*” (Garra, 1955: 8. Las cursivas son propias).

Voces y apellidos de inmigrantes y aventureros de Europa y Medio Oriente trabajando en la forestación y cultivos frutales, impregnan murmullos multilingües (inglés, alemán, polaco, francés, turco, árabe) a las islas Ibicuy, a la par que el progreso modernizador devasta a lo largo de setenta años la originaria flora y fauna. Solo un naturalista amante del paisaje es capaz de describir con

---

8. Ver una revisión crítica de estas visiones de la naturaleza latinoamericana en Gudynas (1999:101-125).

minuciosidad y fantasía la vegetación del monte blanco, sus ceibales y el canto de las chicharras en noches de verano.

Maravillado por el paisaje de las orillas acuáticas y vegetales de la naturaleza isleña, el protagonista de “Refugio en la naturaleza” confiesa “que todos esos pequeños secretos y misterios día a día se le revelaban, a él solo, (y) que estaba ahí para descubrirlos, en ese escenario virgen y bravío al que tuvo el privilegio de acercarse” (1955:34).

Asimismo, Justo escucha y Garra transcribe con fidelidad de cronista las voces de paisanos isleños que cuentan historias de incendios, inundaciones y la violencia depredadora. Pero *Río abajo* no solo transcribe y describe, también registra y narra gracias a la escritura de Lobodón Garra las orillas de varias islas del Ibicuy, cuyos humedales prolongan tierra adentro sus orillas, mucho, muchísimo más allá de la costa, hasta lograr humedecer montes, fauna y flora. Tienta leer *Río abajo* como metonimia de la cuenca continental fluvial del Plata, en sintonía con el deseo del autor de hermanar el destino de Sudamérica, inseparable de la otra metonimia americanista de Liberio Justo, que le acompañó toda su vida de político y escritor comprometido<sup>9</sup>. La introducción del libro de cuentos es inequívoca al respecto, y justifica reproducirla en toda su extensión:

Dos de los ríos más grandes de la tierra, el Paraná y el Uruguay, reunidos más tarde para formar el río de la Plata, el más ancho del mundo, descienden trayendo su inmenso caudal de agua desde las más distintas

---

9. Liberio Justo propuso reemplazar el nombre de América Latina por *Andesia*, una utópica entidad supranacional que integraría a la totalidad de las repúblicas del continente sudamericano, véase, “Andesia. América Latina, de la colonia a la revolución socialista” en Justo (2007:35-42).

regiones de la América del Sur. Unos nacen en la Sierra do Mar, casi sobre el Atlántico, en el Brasil; otros bajan directamente hacia el Sur desde los lindes de la cuenca del Amazonas, a través de aquel país y del Paraguay; otros, aún, traen de Bolivia deshielos de la cordillera de los Andes; y, los últimos, abren su cauce desde el Norte, centro y litoral de la Argentina y las cuchillas del Uruguay. Esa inmensa cuenca, que abarca buena parte del continente, da origen a las dos gigantescas corrientes de agua mencionadas que fluyen hacia el Atlántico, arrastrando en suspenso la primera, cada año, más de 60 millones de metros cúbicos de tierra de aluvión, producto de la erosión ocasionada por las lluvias, lo cual da a sus aguas el intenso tinte barroso que las caracteriza y que, al sedimentarse, han provocado la formación de la multitud de islas del llamado Delta del Paraná —surgido sobre el lecho de arena que antes era fondo de un brazo de mar— el que avanza constantemente hacia el Sudeste, invadiendo el cauce del río de la Plata y que, en dos o tres centurias más, según se calcula, llegará hasta la misma ciudad de Buenos Aires. Del lado izquierdo del brazo más ancho del Paraná, el Guazú, que sirve de límite a las provincias de Buenos Aires y Entre Ríos, entre aquél y el río Uruguay, se extienden las llamadas Islas del Ibicuy —voz guaraní que quiere decir arenal— el delta entrerriano donde me encuentro, tan distinto en múltiples aspectos del delta bonaerense o inferior, y al que he intentado describir en este libro, utilizando hechos reales recogidos a través de más de diez años de experiencia, en los que sólo he variado, a veces, los lugares y algunas circunstancias, pero donde nadie debe verse retratado sino aquellos que menciono con su propio nombre (Garra, 1955: 8).

El cuento “Nutrieros” transcurre en el monte de la isla a la cual Baltasar Acosta navega con el propósito de cazar nutrias: pero súbitamente aparece otro cazador a quien mata en una refriega, y, en vez de huir, decide volver a la isla. La fascinante descripción en tercera persona del monte desplaza el interés por la acción y huída del personaje. “Nutrieros” invita a ser leído como si fuera una prolongación del relato sobre las orillas del arroyo, y pareciera que ahora estuviese serpenteando por el interior de la isla, enmarañada de vegetación tropical. A diferencia del río cuyas orillas bordean islas, las orillas del arroyo del personaje se prolongan entre las raíces y la flora, descritas con una precisión, sino poética como la voz narrativa de *Sudeste* de Haroldo Conti, contadas sensiblemente por un Lobodón Garra botanista y baquiano de la fauna de la isla que penetró para “nutriar por ahí”.

A lo largo de su marcha, sobre el filo del albardón, iban desfilando todos los hermosos ejemplares del monte blanco, el monte primitivo de las islas. Grandes canelones de troncos gruesos enhiestos; laureles enormes sobre cuyas ramas se agarraban los isipós y las zarzas entretejiendo sus tallos como sogas colgando de los mástiles; curupíes de tronco blanquecino cubierto de musgo; amarillos deshojados por el invierno de los que pendían viejos nidos de boyero; grandes sauces colorados; mataojos donde sujetaban su raíz la flor de patito, la orquídea de las islas; naranjos agrios con todas sus hojas verdes; hermosas palmeras pindós que levantaban sus penachos arriba, sobre la copa de los arrayanes; agarrapalos gigantescos abrazando el tronco de los grandes ceibos en un hueco de los cuales nacieron para estrangularlos luego con el abrazo mortal de sus raigones; matas de caña brava lanzando sus varas tumbadas hacia todos los rumbos; helechos y

begonias que se extendían, en parte, como una sábana verde. Por entre los árboles multitud de pájaros de todas clases y colores: zorzales, carpinteros, chiriries, picapalos, boyeros, palomas, monteras, cardenales. Todo el esplendor casi tropical de la naturaleza, que el Paraná y el Uruguay han arrastrado, río abajo, con sus aguas desde el Norte lejano, se mostraban allí con su salvaje lujuria. Pero impregnado de un hálito de tristeza, la tristeza profunda y tenebrosa que caracteriza el paisaje primitivo y solitario de las islas (Garra, 1955: 12).

La caza pareciera ser un pretexto para que el testigo heterodiegético del relato cuente sobre la flora silvestre de la isla. Luego de acomodar las trampas de cazar nutrias, leemos la riqueza variopinta del monte penetrado por Baltasar Acosta:

(...) avanzó entre el carrizal hacia los inmensos esteros del interior de las islas como espíritu viviente de aquel paisaje silvestre y bravío. Matorrales de chilca, carqueja, algodónillo y naranjillo, empapados por la llovizna del día anterior, le cerraban el camino y debía ir apartándolos con los brazos, protegiéndose la cara para poder avanzar, pasando entre matas de plumachos y paja colorada, tropezando con los troncos de ceibo caídos y medio deshechos en el suelo y enredándose en las marañas del catay que le sujetaban los pies haciéndolo trastabillar con su carga (1955: 13).

Asimismo, salir de caza sería pretexto para poner al descubierto las orillas de la maciega que se prolonga hasta el fondo del horizonte fluvial:

(...) a su vista apareció, sin ningún límite, el inmenso mar de la maciega como una imponente pampa de pajonal desierto y uniforme, ya amarillando por los fríos del invierno, que se extendía hasta el fondo del

horizonte, hacia el Uruguay, apenas cortado en toda su extensión hacia el Sur, por la breve faja del monte blanco de una horqueta que iba a salir al Bravo (1955: 14).

Desafortunadamente, la caza termina mal: el cazador es cazado por otro cazador a quien Baltasar Acosta lo mata para defenderse después de ser herido, y procura a duras penas llegar a la costa, abandonando el rancho donde vive, y renunciar además a la ley de sangre de la maciega:

Aquellas paredes de paja medio seca y amarillenta lo ahogaban, lo ahogaban a él que había pasado buena parte de su vida entre ellas. Ansiaba llegar a la costa cuanto antes, salir de esa prisión crujiente y que parecía querer sepultarlo en su seno. Las espinas de rama negra y naranjillo habían dejado nuevas huellas en su rostro. Sus pantalones, raídos, y empapados, venían llenos de barro hediondo y de yuyo lambedor. Y la camisa, también destrozada, tinta con la sangre del muerto, con la de los animales que éste había cazado y con la suya propia, completaban aquel cuadro de sangre, sangre por doquier, que fue hasta hace poco la ley de la maciega y ya ha quedado acorralada en sus últimos confines (1955: 15).

En otro cuento de Lobodón Garra, “La sudestada”, el río Uruguay arrasa las orillas del arroyo Ñancay azotado durante el temporal de viento huracanado de la sudestada, cuya furia hace desaparecer las orillas de las islas del Ibicuy. El Ñancay es un curso de agua de la cuenca hidrográfica del río Uruguay, ubicado en la provincia de Entre Ríos, aldeaño a las islas del delta. Nace al norte de la localidad de Ceibas, en el departamento de Gualeguaychú y se dirige con rumbo

sureste hasta desembocar en el río Uruguay en dos brazos, uno conserva el mismo nombre y el otro se denomina arroyo Santo Grande. Parte de su curso marca el límite entre el departamento mencionado y el de Islas del Ibicuy. Precisamente en “La sudestada”, Garra describe la devastación y borradura de las orillas del arroyo:

Frente a la boca del Martínez y del Mosquito, el Uruguay alcanza a tener, según dicen, trece kilómetros de ancho, lo mismo que frente al Ñancay. Por allí ese hermoso y gigantesco río, lleno de bancos y troncos ocultos, adquiere su expresión más grandiosa y bravía y en esa tremenda cancha –por algo los criollos en la zona le llaman “la mar”- desarrollan su más extrema violencia las sudestadas. Un temporal de sudeste en aquel sitio es sencillamente temible y, al abatirse sobre las islas, no respeta ni a la costa misma, arrasando con todo. Frente al Ñancay es donde esa acción es más apreciable. Allí el río ha avanzado cerca de cuatrocientos metros, sólo en el correr de los últimos años, dejando, como recuerdo de la antigua línea de la costa una ancha extensión donde hoy emergen, de entre las aguas, grandes raigones de árboles que antes crecían en la orilla (1955: 91).

A la inhospitalidad y el pasmuso de esas costas borradas, el narrador añade antecedentes de la extranjería de sus contados pobladores. En el extenso curso del Ñancay, en 1922, se hicieron grandes plantaciones que luego quedaron abandonadas, y en 1938 hubo otro intento de colonizar la zona trayendo catorce familias ucranianas para plantar yute que también se fueron. Ya en 1906 el gobierno de Entre Ríos concedió 2000 hectáreas en islas de Ibicuy a tres alemanes: Luis Ostendorf, Otto Sagamüller y Jorge Weide, con la condición de

introducir diversas variedades de árboles europeos. El único que permaneció fue Weide quien

se trajo una mujer de Buenos Aires, una bailarina del Paseo de Julio, y allí se estableció. Años más tarde, en 1925, también llegó su sobrino, antiguo violinista, que hoy tiene su plantación cerca de la boca del Ñancay con una linda casita. En la orilla izquierda, y ocupándola en una larga extensión, está el campo “La Calera” de los “Ingleses”, que en 1923 plantaron 50 hectáreas de sauce. Más arriba, hasta hace tres o cuatro años, última vez que por allí anduve, el Ñancay, rodeado de fajas sombrías y tupidas del monte blanco, estaba despoblado y selvático en un trayecto de kilómetros. Apenas, por ahí, a las cansadas, se alcanzaba a ver algún rancho cuya soledad y aislamiento impresionaba (1955: 94).

Pero mucho más impresionante para el narrador–testigo era comprobar la soledad de la zona de desembocadura en el Ñancay del arroyo Santo Grande y algunas antiguas viviendas confortables, “a pesar de que allí la soledad es doble: soledad dentro de la soledad de las islas”. Todos los personajes de “La Sudestada” son lugareños en la costa del Ñancay y criollos los parroquianos del almacén de Tristán:

Allí estaba Salvador Aguilera que tenía un rancho cerca de la boca del Ñancay y pescaba “de firme” con trasmallo, el que colocaba al atardecer y retiraba a la madrugada. De preferencia se dedicaba al pejerrey, con abundancia de “matungos”, aunque asimismo sacaba dientudos, tarariras, mandubies y bagres amarillos. También estaba Ramón Salazar, que vivía en el Ñancay, arriba de la boca del Santos Chico, solo, en un

campo arrendado, cuidando una tropa de vacunos de su propiedad. A su lado aparecía Medardo Peñalva, criollo medio tuerto, que ya blanqueaba, de cejas y bigote hirsuto y espeso, como matas de paja colorada, por entonces arranchado en Las Ánimas, a quien se conocía con el nombre de “Matajojo” y, aunque él sostuviera que “a naidés ofiende”, siempre andaba en líos con la Subprefectura por su manía de introducir al país mercaderías sin tomarse la molestia de pagar el correspondiente derecho de aduana (1955: 98).

Un mismo espanto hermana y condena a lugareños y al ganado, ambos aterrados por la inundación de la sudestada: todos pugnan por subir a canoas y lanchas. Tal vez la descripción más dramática del relato es la escena de la lucha de Salazar con el toro, las vacas y terneros (Garra, 1955: 95).

Matajojo, uno de los pescadores que más sufrió, desamarró su canoa,

(...) y salió remando, de pie, despacio, hacia adelante. Siguió por el Santos Grande abajo y, luego, por el Ñancay. Al entrar al Uruguay el gigante estaba tranquilo. Su inmensidad resplandecía iluminada por un sol espléndido y el paisaje se mostraba como regocijado por el fin del temporal (Garra, 1955: 96).

No por casualidad el retorno a la normalidad y a la nueva fase del ciclo de las aguas en el delta están marcados por la reaparición de las orillas, que cierra el relato de Lobodón Garra:

La costa de las islas blanqueaba con los árboles quebrados. A la distancia se alcanzaba a ver, muy lejana, las barrancas de la costa oriental. Y arriba, sobre el cielo celeste, una enorme bandada de cuervillos, formados en una inmensa V, se internaban sobre el río, cruzando rumbo a la otra orilla, ignorante totalmente de las tragedias y de las fronteras de los hombres (1955: 96).

### **“La costa no es ni la tierra ni el río”: *Sudeste*, de Haroldo Conti**

Pese que en *Sudeste* (1962), primera novela de Haroldo Conti ambientada en el delta, el temporal de lluvias, viento e inundaciones de la arrasadora sudestada no desencadena el relato como en “La sudestada” de Lobodón Garra, en cambio sus solitarios isleños, comparten aledaños humedales y montes tupidos de sotos fluviales. Y al igual que varios personajes de *Río abajo*, también El Boga en *Sudeste*, abandona la ciudad para refugiarse en el delta.

Probablemente *Río abajo* de Lobodón Garra ha sido una de las lecturas que influyeron en la escritura anfibia de Haroldo Conti, junto a otros textos como *El río oscuro* (1943) de Alfredo Varela, *Los isleros* (1943) de Ernesto S. Castro y los relatos de ribereños de Alto Verde y pescadores de Colastiné chico en el libro *Santa Fé, mi país* (1934) de Mateo Booz.

Antes que el narrador, el piloto civil diplomado Haroldo Conti había descubierto el paisaje isleño del delta del Paraná durante los vuelos que efectuaba desde el aeródromo de Don Torcuato (Benasso, 1969: 57).

Desde entonces, el paisaje del Delta acompañó a textos de Conti donde vivió con su primera esposa e hijos a orillas del arroyo de Gambado, entre los

ríos Sarmiento y Luján. Allí escribió, entre octubre 1955 y abril 1957, *Rio madre*, manuscrito incompleto e inédito que retituló *Ligados*, posible antecedente de *Sudeste*, aunque no haya sido la primera versión de la novela de Conti<sup>10</sup>.

La educación y origen familiar de Haroldo Conti fueron totalmente diferentes a la de Liberio Justo. Nacido en el pueblo de Chacabuco (Pcia. de Buenos Aires), su padre Pedro Conti descendiente de inmigrantes italianos, era un tendero ambulante y caudillo fundador de la sección de Chacabuco del Partido Peronista, con quien Haroldo recorrió casi todos los pueblos de la región. Se mudó a Buenos Aires con la madre luego del divorcio y logró internar al hijo en el Colegio Don Bosco de Ramos Mejía. Criado en una familia muy católica, cedió a presiones familiares e ingresó, sin vocación para el sacerdocio en el Seminario de los padres Salesianos, y luego al Seminario Metropolitano Canciliar de Villa Devoto. Pero, a los dos años Haroldo Conti, tuvo una crisis religiosa y abandonó.

A diferencia de la nula formación universitaria del autodidacta Liberio Justo, Haroldo Conti ingresó en 1947 a la carrera de filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de UBA, entre 1954 y 1967 ejerció como profesor en el Colegio Nacional “Mariano Moreno”, además en el Colegio Nacional “Manuel Belgrano” y en el Liceo No 11 de la Capital Federal.

También diferente del aislamiento en el Delta de Liberio Justo quien durante trece años suspendió su militancia revolucionaria, el gesto solitario de Haroldo Conti de abandonar Buenos Aires e irse a vivir a las orillas del río no interrumpió su compromiso político (Romano, 1999:127-136; Redonde, 2004;

---

10. Iniciada en 1961, *Sudeste* fue publicada en 1962 tras recibir el primer premio de novela Fabril Editora. Todas las citas corresponden a Conti (1985). Véase el análisis comparativo sobre *Sudeste* de Eduardo Romano (2000).

Gnutzman, 1990). Pero durante los años de gestación de *Sudeste*, a la voz en tercera persona del narrador de la novela le preocupaba contar vagabundeos y aventuras del solitario El Boga, joven desencantado de la vida en la metrópolis, en búsqueda de la utopía posible en las orillas del delta; en ese espacio fluvial Conti imaginaba poder escribir rompiendo amarras con el pacto de verosimilitud de la literatura comprometida de algunos escritores de su generación. El novelista no se propuso para nada contar la historia de un joven rebelde deseoso de protestar socialmente, ni incorporar en la narrativa argentina nuevas cotas de vida posibles alejado de la ciudad. Más bien, el relato de El Boga cuenta su introspección a orillas del Delta: una escritura emparentada con la literatura de confesión que procura la aparición de una evidencia próxima a la revelación de la verdad, la cual no era desconocida para El Boga; el personaje de *Sudeste* redescubre en el río entre islas una forma nueva de verdad que ya la intuía, pero que ahora aparece en su vida moldeándola como evidencia, sin necesidad de ser contada con ideas y frases ideológicas. Es posible escuchar entre líneas la confesión de El Boga quien tampoco teme el acecho de la muerte, luego de haber quedado abierto a la confianza de que su vida había cambiado (Zambrano, 2004: 67-71; Dobał, 2008: 175-194).

Si la soledad de El Boga no es punto de partida sino de llegada, por el contrario, la soledad es punto de partida de los otros marginados refugiados en los márgenes del río y guarecidos en la vegetación boscosa de sus islas. Escuchamos en la novela una voz heterodiegética, mucho más interesada en describir el paisaje natural y humano del delta que contar coloquialmente las acciones de sus isleños. A contramano de la literatura politizada de los últimos años 1950 y primeros 1960, que abordaba conflictos socio-ideológicos y culturales urbanos de

la era pos-peronista y la desilusión del frondizismo, los personajes en *Sudeste* son fugitivos indiferentes a lo que pasaba en el país.

La voz en tercera persona describe su refugio, entre la costa y el río, en una isla de monte tupido donde El Boga disfruta del aislamiento porque la gente costera lo llena de aprehensión y temor. El Hombre y, especialmente, la Rubia (anegado por el odio y la violencia “pegados a sus ropas” (1985:171), son vistos como enemigos que intentan engañarlo, induciéndolo al robo y el contrabando. La excepción es “el idiota”, con quien El Boga sella su “unión” relatada por la voz narrativa con metáforas y comparaciones inspiradas en la confluencia de las llamas de fuego y aguas del río: “Las llamas crecieron en la noche, en medio del jardín, como un arbusto fantástico animado por mil vidas. Y ellos estaban ahí, alrededor del fuego, cada uno con su historia, como dos ríos que acaban de juntar sus aguas después de mucho trecho y corren ahora hacia el río abierto, impulsados por una misma fuerza, una ciega y oscura fuerza” (1985: 117).

Asimismo, la voz narrativa contrasta el íntimo espacio aislado de El Boga con la costa de pescadores y forajidos. Resulta significativo que en *Sudeste* las islas sean las genuinas orillas y puntos de fuga del río mientras la costa funge en la diégesis de la novela como espacio mucho más liminal. Si el espacio liminal se caracteriza por ser zona de cruce y transición donde se ha dejado algo atrás, pero aún no se está completamente en otro lugar, por el contrario, para El Boga vivir en la isla no significa estar parado, literalmente, en el umbral entre dos zonas, la acuática y el litoral. Tampoco significa residir en los bordes del agua, ni en la ribera de la costa. Así lo sugiere el relator de *Sudeste* en la morosa descripción de

la naturaleza fluvial y humana de su nueva vida: “La costa no es ni la tierra ni el río. Ni simplemente algo entre los dos. Es un impreciso mundo de sombras con un fondo de abandono, maldad y desesperanza. El hombre de la costa se siente atado al río. Si lo amara, saldría al río. Pero él está ahí, ni tierra, ni río, entre barcos muertos y viejas historias.” (1985:168).

Desde su arribo al Delta, El Boga transforma su itinerancia en viaje interior e iniciático:

Se sentía respirar y moverse levemente con mil movimientos y crujidos de sus ropas húmedas, duras y mugrientas; se oía y se sentía de cien formas, en toda la extensión de su cuerpo. Y su propia presencia pesaba sobre él, como algo latente, cálido y muy solitario. Él era, en ese momento, el centro de ese mundo anegado por las aguas. Un sobreviviente. El silencio y la noche, y las aguas desbordadas y la soledad de aquel río semejante al mar venían a morir alrededor de él. El sentimiento de esto, no la idea, le provocaba una extraña alegría y una especie de rara seguridad. No tenía que marchar hacia nada. Ahora todo convergía hacia él... (1985: 40)<sup>11</sup>.

El Boga vive a orillas del río, que también son orillas de su monte enmarañado como si fuese el bosque encantado por el paraíso. Pero sabe que es un ‘borde ilusorio’, tornadizo, un mudable paraíso escondido en una costa incierta que no invita a El Boga a acampar, un paraje completamente esquivo cuando desea penetrarlo. Deambula permanentemente en el río y en las islas,

---

11. Véase la caracterización sobre la itinerancia iniciática y la morosa mirada descriptiva de la voz narrativa de Haroldo Conti en Premat (2006:237-248).

eludiendo compartir su nueva vida con ningún otro vagabundo. Como afirma Virginia Gil Amate, su soledad tiene más de plenitud interior que de carencia (Amate, 2012: 594-595). El narrador de *Sudeste* que nombra ese espacio ritmado por el tiempo cambiante de las estaciones, es un poeta deslumbrado mientras va descubriendo y oye el agua de las islas del delta:

No se puede decir que el río cambie de una manera en invierno y de otra manera en verano. Cambia. Eso es todo. Las islas, por el contrario, parecen distintas con cada estación que llega. No solo por la intensidad del verde, en el verano, sino por algo mucho más sutil. En el invierno, desde el río abierto, se pierden en una lejanía brumosa. De pronto están, de pronto no están. Uno duda del río y piensa que es imposible llegar alguna vez, a pesar de toda esa tenue ansiedad que lo aísla y lo mece y lo acongoja en parte. Más bien son un borde ilusorio, una sombra que oscila con el horizonte, hacia el oeste. Si por fin logra acercarse, entonces parecen todavía más remotas, habitadas por el silencio y la soledad y por una tristeza irreparable (1985: 118).

La voz poética colorea los tonos y trazos de orillas en la claridad y el crepúsculo de la isla con un cometido narrativo que va mucho más allá del lirismo descriptivo del relato naturalista y mimético en *Río abajo* de Lobodón Garra:

Si uno navega hacia las islas, navega hacia la claridad. Y hacia ese extraño bullicio que ha ido cobrando intensidad a medida que madura el estío. Todo esto sucede en forma imperceptible. Esto de la madurez. Uno mismo es invierno, uno mismo es verano. Pero, de cualquier forma,

está bastante claro que todo proviene del norte. La ansiedad y el bullicio y la propia luz. Toda esa exaltación y ese frenesí del verano. Entre la media mañana y la media tarde, las islas brillan con una luz intensa y pareja, adormecidas al sol. Parecen un poco chatas. Un trazo de luz, un trazo de sombra. Nada de medios tonos (1955: 80).

¿De qué se estremece el pescador cuando sopla la brisa del amanecer en las islas, “mientras el cielo estaba muy alto, casi había desaparecido hacia el este, y lo que quedaba de él en el oeste se hundía detrás del horizonte”? (1955: 119). Sintamos las modulaciones en la escritura del poeta-narrador que pesca el misterio en el lucernario del río:

La brisa del amanecer es fresca y el pescador se estremece levemente. Llega desde el río y sobresalta a las islas. Entonces comienza ese bullicio y ese cosquilleo en la sangre y esa ansiedad que empuja al hombre hacia el horizonte. Un ángel, o algo por el estilo, acaba de pasar rozando el agua y los cabellos revueltos del hombre adormilado dentro del bote. Es demasiado veloz para los ojos del hombre y vino hendiendo la media luz del amanecer, que hace confusas todas las cosas. Apenas se siente el roce pero es suficiente para turbarlo a uno. Ahora debe estar allá, hacia el norte, detrás de las primeras islas. Lo convoca a uno y lo apremia. Es necesario partir (Garra, 1955: 120).

Pero El Boga no va a partir. Tampoco para salvar su vida al final del relato, cuando es herido de muerte y prefiere no huir, acompañado solo de la luz y agua, al arrastrarse y cumplir su último deseo, morir en el barco sobre las aguas.

Por encima de su cabeza veía el cielo limpio y brillante enmarcado por la borda del bote, como desde un pozo. ¿Qué haría el hijo de puta que le había disparado?... Aguzó el oído, pero el silencio era cada vez más espeso y luego comenzó a sentir aquel zumbido del verano. Notaba que el bote se deslizaba sobre el agua y que tropezó dos o tres veces contra algo, presumiblemente contra la costa. ¿O acaso sería mejor saltar sobre ella y desaparecer entre los árboles? (Garra, 1955: 87).

## *Coda*

*Río abajo* de Lobodón Garra comparte con *Sudestada* de Haroldo Conti el amor del paisaje de las islas aluviales del delta, y la conectividad de arroyos, lagunas y ríos de cursos diferentes. Ambos se reencuentran también en la voluntad de sus personajes de vivir aislados, solitarios y en taciturno silencio, de espaldas a la gran ciudad, conviviendo con el río y desconfiando de la gente. Asimismo, ambas narraciones describen la violencia: Lobodón Garra en la escena del cazador de nutrias, y Haroldo Conti en la campaña de caza-pesca de patos de El Boga, interrumpida por un disparo que estuvo a punto de costarle la vida.

No obstante, obvias diferencias separan a sus personajes insulares. En *Río abajo* no todos son forajidos o vagabundos fugitivos en el delta: algunos relatos evocan a extranjeros europeos y del Medio Oriente, atraídos para introducir explotaciones forestales y variedades frutales. Otra diferencia es el lugar disímil del monte y la descripción de flora y fauna en el espacio narrativo, más descriptivo y paisajístico en los relatos estampados de Garra, mientras oímos las voces del silencio en la autoficción fluvial de Conti. Pese a que El Boga conoce pormenorizada y minuciosamente cada

uno de los sitios que recorre, evita entonar el timbre del naturalista en la voz narrativa de *Río abajo*. Leemos en *Sudestada* la conectividad entre comunidades vegetales y la fauna, pero siempre más allá de la literatura topográfica. Sin embargo, el cronista explorador Justo-Garra sabe pintar la abigarrada biodiversidad de numerosas especies de flora, aves y peces, porque también para él las islas Ibicuy no son mero escenario natural del drama de sus isleros.

En “Sudestada” el río Paraná no fluye como el corredor migratorio fluvial de flora y fauna, ni el delta funge como escenario de una puesta escénica acuática: el espacio del delta es un actor dentro del relato en torno a un personaje central ausente en el libro de Garra. El Boga ha sido modelado mucho más que por una dinámica fluvial e insular exterior: al buscar el sentido de su existencia navegando a través del delta del Paraná, el personaje ficcional de Conti literalmente *boga* —como denota su apodo—entre las orillas del ser y la muerte. Coincidimos con la interpretación sobre el despliegue de una escritura del silencio para bocetar la organización espacial de la primera novela de Conti (Coly, 2011; Ford, 2000: 603-625). La marginalidad de El Boga, condición insoslayable del relato, resulta inseparable del vagabundeo, su modo itinerante de buscar también el centro dentro de la dicotomía general entre centro y periferia que articula toda la construcción del relato.

Resumiendo, la sensibilidad naturalista y curiosidad de cronista viajero de Garra, y la densidad poética del narrador de Conti, ponen en evidencia el protagonismo del paisaje fluvial en la narración de los personajes en *Río abajo* y *Sudeste*. Tal moldea sendos relatos de modos diferentes dado el disímil voltaje de sentimientos y procedimientos narrativos, así como el dispar impacto de la presencia de “el otro” y el “yo” en sus protagonistas.

## Bibliografía

- Amate, Virginia Gil (2012). “Punto de fuga: reflexiones sobre la vida y la escritura en la obra de Macedonio Fernández, Haroldo Conti y Daniel Moyano”. *A través de la vanguardia hispanoamericana: orígenes, desarrollos, transformaciones*. Vázquez, Terragona: Universitat Rovira i Virgili, pp. 585-596.
- Bayer, Osvaldo (2010). “Bayer, O. (2010). “Prólogo”. *La tierra maldita: relatos bravíos de la Patagonia salvaje y de los mares australes*. Garra, Lobadón (2010). Ed. Continente: Buenos Aires, pp. 4-5.
- Benasso, Rodolfo (1969). *El mundo de Haroldo Conti*. Buenos Aires: Galerna.
- Booz, Mateo (1934). *Santa Fé, mi país*. Santa Fe: Talleres Graficos El Litoral.
- Campione, Daniel (2007). “Liberio Justo: perfil de un indomable”. *Masas y balas*. Buenos Aires: Ediciones Biblioteca Nacional, pp. 7-30.
- Castro Ernesto (1951). *Los isleros*. Buenos Aires: Losada.
- Coly, Youssouph (2011). *Haroldo Conti: narrativa de un cazador*. Tesis de Doctorado, Facultad de Filología, Universidad Complutense de Madrid.
- Conti, Haroldo (1985). *Sudeste*. Buenos Aires: Fabril Editora.
- (1964 [1989]). *Todos los veranos*, Buenos Aires: Ed. Nueve.
- (1966 [1985]). *Alrededor de la jaula*, Veracruz: Universidad de Veracruz.
- (1994). *Cuentos completos*, Buenos Aires: Emecé.
- Dobal, Claudio (2008). “Los ríos de la memoria (Haroldo Conti, la memoria, el silencio, y la imposibilidad de la experiencia)”. *La memoria. Literatura, arte y política*. Ana María Zubieta (comp.). Bahía Blanca: Editorial de la Universidad Nacional del Sur, pp. 175-194.
- Fernández, Tomás y Tamaro, Elena (2004). “Biografía de Agustín Pedro Justo” [en línea] *Biografías y Vidas*. La enciclopedia biográfica en línea. [https://www.biografiasyvidas.com/biografia/j/justo\\_agustin.htm](https://www.biografiasyvidas.com/biografia/j/justo_agustin.htm) [consulta: 12 de julio de 2023].
- Ford, Aníbal (2000). “*Homo viator*. En el territorio de *Sudeste*”. *Sudeste –Ligados Haroldo Conti*. Madrid: Galaxia Guttenberg – Círculo de Lectores, pp. 603-625.
- Garra, Lobadón (1955). *Río Abajo. El drama de los montes y los esteros de las islas del Ibicuy*. Buenos Aires: Anaconda.
- (1998). *Cien años de letras argentinas*, Buenos Aires: Badaj.
- (2010). *La tierra maldita : relatos bravíos de la Patagonia salvaje y de los mares australes*. Buenos Aires: Continente.
- Gnutzmann, Rita (1990). “Haroldo Conti: de la soledad a la solidaridad” *Cuadernos para la investigación de la literatura hispánica*, Núm. 13, pp. 99-106.
- Gonzalez, Ernesto (1985). “El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina”. Osvaldo Coggiola (Coord.). *Historia del trotskismo argentino (1929-1960)*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Gudynas, Eduardo (1999). “Concepciones de la naturaleza y desarrollo en América Latina” *Persona y Sociedad*, 13 (1), abril de 1999, pp. 101-125.
- Justo, Liborio (1968-1992). *Nuestra Patria vasalla. Historia del coloniaje argentino*. 5 tomos. Buenos Aires: Schapire-Grito Sagrado.

- (1977). *Literatura argentina y expresión americana*, Buenos Aires: Rescate.
- (1983). *Argentina y Brasil en la integración continental*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- (1995). *Subamérica: América Latina de la colonia a la revolución socialista*, Buenos Aires: Badajo.
- (1998). *Cien años de letras argentinas*, Buenos Aires: Badajo.
- (2007). *Los Estados Socialistas de América Latina*. Buenos Aires: Grupo Editor Universitario.
- Premat, Julio (2006). “Haroldo Conti: la otra orilla de la experiencia” *Escritores sin Patria. La narrativa argentina de la segunda mitad del siglo XX*. Gil Amate, Virginia (ed.). Oviedo: Ediciones Nobel – EDIUNO, pp. 237-248
- Quebracho (Liberio Justo) (1956) *Prontuario. Una autobiografía*. Buenos Aires: Gure.
- (1957). *Estrategia revolucionaria (Lucha por la unidad y la liberación nacional y social en América Latina)*. Buenos Aires: s/e.
- (1962). *Pampas y lanza*. Buenos Aires: Palestra.
- (1967). *Bolivia, la revolución derrotada*. Buenos Aires: Serrano
- (2002). *Pampas y Lanzas II. La gesta de la tierra y de las vacas*. Buenos Aires: Badajo.
- Redonde, Nilda S. (2004). *Haroldo Conti y el PRT: arte y subversión*, Buenos Aires: Ediciones Amerindia.
- Romano, Eduardo (1999). “Algunas maneras de leer a Haroldo Conti” *Haroldo Conti. Biografía de un Cazador*. Restivo, Néstor y Sanchez, Camilo. Buenos Aires: Homo Sapiens, pp. 127-136.
- (2000). “Estudio filológico preliminar” *Sudeste-Ligados*. Madrid: ALLCA XX, pp. 27 –58.
- Temporetti, Jorge Alfredo (1994). “Liberio Justo y su importancia en la cultura de Villa Paranacito y el Delta Entrerriano”. *El Tren Zonal*, N°20, junio: pp, 26-27
- Varela, Alfredo (1943). *El río oscuro*. Buenos Aires: Lautaro
- Zambrano, María (2004). *La confesión: género literario*. Madrid: Ediciones Siruela.
- “Liberio Justo y Horacio Quiroga en San Ignacio” *Diario El territorio*, 23 junio de 2014 [en línea] <https://www.eltterritorio.com.ar/noticias/2014/06/23/394084-liberio-justo-y-horacio-quiroga> [Consultado: 12 de agosto de 2021].